

# WABI SABI

*“Encontrar belleza en las  
imperfecciones”*

Esta novela se la dedico a mi yayo. Que siempre me ha apoyado en mi hobbie de escritora. Sé que le haría mucha ilusión ver a su nieta escribir una novela de verdad. Y, ya que este es sólo el comienzo, se lo voy a dedicar a él.

Te quiero, yayo.

*“En realidad no le importaba la muerte,  
sino la vida, y por eso la sensación que  
experimentó cuando pronunciaron la  
sentencia no fue una sensación de  
miedo, sino de nostalgia”*

-Cien años de soledad, de Gabriel García Márquez-

## **PRÓLOGO:**

Esta es mi primera novela.

Bueno, mi primera novela presentada y corregida.

Siempre me ha gustado escribir. En primaria, me presentaba a los concursos de poesía. También a los de escribir historias y cuentos. Mi profesora de primaria, siempre me dijo que tenía talento, que podría conseguir escribir una novela. Ella siempre confió en mí. Así fue cómo escribir una novela se convirtió en mi sueño. Uno de los muchos que aspiro alcanzar.

Esta novela está escrita desde la empatía. Sé que, a menos que pase por lo mismo algún día, no seré capaz de entender al cien por cien los sentimientos de los personajes que he creado, que sólo son una representación de las miles de personas que pasan por esto.

Al empatizar con ellos, he conseguido imaginar. Imaginar lo duro que es. Imaginar la mezcla de sentimientos con los que acarrean muchas personas involucradas en estas situaciones.

Por eso la escribí. Para que la gente pudiese ver desde otro punto de vista las enfermedades de las que nos da tanto miedo hablar. Para que puedan empatizar con unos personajes que he creado, pero también estoy segura que existirán en la vida real. Y que hace mucha falta darles visibilidad.

Esta novela, se centra individualmente en cada personaje principal. Cada capítulo, se sumerge en su mundo, en su historia, pasado y futuro. Se centra en sus sentimientos y emociones. Se sumerge en el fondo de su corazón, para mostrar lo reales que pueden llegar a ser las personas.

Cada capítulo es narrado por una persona diferente. Por esa razón, al lado del número de cada capítulo, está el nombre del narrador de éste.

Esta novela es para reflexionar. Para pensar. Para empatizar. Para imaginar. Para imaginar lo que se siente. Al estar enamorado. Al querer a alguien. Al darlo todo por una persona. Al ser la cura para alguien. Al ser curado por alguien. Al sentir cómo *ese alguien se va*, sin avisar, arrancándote el alma. También es para sentir. Sentir el dolor.

Escribiendo esta novela, se me ha encogido el corazón varias veces. Por eso creo que, a pesar de todo el tiempo invertido, todos los quebraderos de cabeza, todo el esfuerzo, ha merecido la pena. Y con esto, expongo mi manera de sentir.

Espero, desde el fondo de mi corazón, que apreciéis y que os guste esta novela tanto como a mí. Y que os sirva de ayuda, a los que la necesitéis. Y que recordéis que nunca, nunca estaréis solos. Que a veces en las peores circunstancias conoces a las mejores personas. Que hay que tener cuidado, con quién os encariñáis. Pero que también recordéis que, por mucho que duela, no es malo querer y dejarse querer por las personas adecuadas. Que al final merece la pena. Y que nunca cambiaríais esos momentos por nada. Y que a veces, el dolor más profundo del mundo, va acompañado del amor más verdadero de todos.

*“Todo se acaba. Por eso hay que aprovechar los más insignificantes momentos de la vida antes de que se conviertan en recuerdos. Yo lo hice, pero hoy escribo esto para convertir mi historia en un recuerdo que, espero, quedará en el corazón de la gente a la que quiero.”*

## **CAPÍTULO 1: MIA**

Cuando bajé del coche, mamá me cogió del brazo. Me miró a los ojos y me dijo:

-Una tiene que ser valiente, y afrontar sus adversidades. Pero a veces es más fácil ser valiente con un poquito de ayuda, ¿no? .- y me dedicó una sonrisa apaciguadora.

Creo que mi madre sintió que al llevarme a una especie de casa reposo cara y de prestigio cumpliría su función como madre.

Al parecer ese iba a ser mi hogar durante el tratamiento, porque a mamá la trasladaban a otra ciudad, y la abuela era muy mayor y no podría encargarse de mí. Cada cierto tiempo vendrían para trasladarme al hospital contiguo para hacerme pruebas y llevar el tratamiento al día.

Así que allí estábamos mamá, la abuela y yo. A la entrada de ese enorme hospital en las afueras de la ciudad.

-Buenos días. Usted debe de ser la señorita Sorní, ¿cierto?. Acompañeme, su habitación está lista.- dijo una mujer alta, pálida y sonriente. Vestía con una americana y unos tacones. Era elegante, pero muy dulce a la vez.

-Mu...muchísimas gracias. Yo...- me giré hacia ellas. Mi familia. Las dos mujeres de mi vida. Las que me habían cuidado desde que papá se fue.

-Mia cielo, despídete de la abuela. Nosotras nos vamos ya a casa.- dijo mamá. Ya se quería marchar, no le gustaban las despedidas. Y menos sabiendo que me iba a dejar en un lugar que no conocía, dos semanas después de ser diagnosticada de leucemia.

-Adiós, abuela.- le dije mientras le daba un fuerte abrazo. Me quedé mirando a mamá.

-Adiós Mia. Haz caso y pórtate bien.- dijo mi madre, mientras se iba sin ni siquiera darme un abrazo. Apenas se giró cuando cruzaba el vestíbulo para decirme adiós con la mano.

La celadora me llevó a mi habitación. Parecía un castillo. Las paredes eran de piedra y había alfombras a lo largo de los anchos y luminosos pasillos.

-Esta es tu habitación: 415 del ala este. Acuérdate. Y no las pierdas.- dijo entregándome las llaves de la habitación. Me abrió la puerta y entramos. Era una habitación grande. La luz entraba por un gran ventanal que había en la pared del fondo. Tenía dos camas individuales, un escritorio, un sofá y un gran armario. El suelo era de madera y había vigas en el techo.

-Mi nombre es Feli. Puedes buscarme si necesitas algo. Dentro de dos horas hay merienda en el jardín. Baja cuando estés lista. Mañana te traerán los aparatos y el médico te visitará.

-Muchas gracias.- dije mientras miraba todo a mi alrededor. Cuando fui a girarme para dedicarle a Feli una sonrisa, se había marchado.

Hora de la merienda. Tardé unos doce minutos en cruzar todo el hospital tratando de no perderme. Cuando al fin llegué al vestíbulo, no sabía a dónde ir.

-¿Estás perdida? Déjame ayudarte. Nunca te he visto por aquí.- dijo un chico bajito, con el pelo revuelto y gafas.- Me llamo Louis. ¿Buscas el jardín, verdad? Ven, yo también voy.

-Soy Mia. Gracias es que estoy muy perdida. Este lugar es enorme.

-Lo sé. Llevo aquí tres años. Mis padres me ingresaron cuando empecé a tener brotes de bipolaridad, y llevo aquí desde entonces, ya casi dos años.

-Lo siento mucho...

-Ah no, no lo sientas. Porque aquí todos lamentamos algo, ¿no? No hace falta que digas eso cada vez que conozcas a alguien Mia.- dijo él, interrumpiendo. Sonreí, tenía razón. Todos aquí teníamos una razón para estar aquí. Y no era agradable. Para nada.

-Yo tengo leucemia. Y dentro de lo que cabe, no está tan mal este sitio.- dije.

Cuando llegamos al jardín, Louis me dirigió hacia un par de chicos que estaban sentados en la hierba. Se reían. Uno de ellos iba en silla de ruedas. Y el otro tocaba la guitarra.

-Hola chicos, mirad, he encontrado a una de las nuevas. Mia, estos son Dan y Blas.- ambos me saludaron sonrientes. El chico de la guitarra se quedó mirándome fijamente.

-Blas, ¿por qué no tocas un trozo de tu canción para que Mia la pueda escuchar?- dijo el chico de la silla de ruedas. Era rubio y con los ojos azules. Y tenía una sonrisa preciosa.

Blas empezó a tocar. Mientras lo hacía lo observé. Era delgado pero parecía tener fuerza. Sus manos eran bastas, su pelo era rizado y castaño, y tenía los ojos verdes esmeralda. Me encantaba verlo tocar. Ver cómo me sonreía mientras acariciaba las cuerdas era lo único que quería hacer durante el resto de mi estancia. Cuando me di cuenta, era la hora de cenar y había anochecido.

Fuimos todos a un comedor y los celadores nos dieron una bandeja con comida a cada uno.

-¿Por qué estás aquí, Mia?- preguntó Dan, mientras comía una hamburguesa.

-Me diagnosticaron leucemia. Está avanzada, pero dicen que me puedo curar.

-Yo tengo un trastorno límite de la personalidad, pero se me sigue dando bien tocar la guitarra.- dijo Blas, y todos nos reímos.

-Supongo que no es muy difícil adivinar por qué estoy yo aquí.- Dan miró a su silla. Me sentía integrada. Se me hacía más fácil así.

De pronto, se oyó un ruido muy fuerte. Todas las voces se callaron para dar paso a un intenso silencio, y todos giramos nuestras cabezas y fijamos la vista al fondo del comedor.

-¡No quiero joder! No me vais a obligar.- dijo una chica, y luego salió corriendo. Era una chica extremadamente delgada. Pero era preciosa, tenía un precioso pelo ondulado y pelirrojo, que ondeaba en el aire mientras corría hacia la salida. Al pasar por delante de nuestra mesa, pude ver que era pecosa, pálida, y con los ojos verdes también. Igual que Blas.

-Es Abril Valles. Tiene anorexia. A veces hace esto cuando se ve forzada a comer.- dijo Dan.

No me lo pensé dos veces. Me levanté y fui tras ella. Apenas la conocía pero esa chica necesitaba ayuda, compañía de un amigo. Y al ver que nadie salía tras ella, supuse que no los tendría.

-¿A dónde vas Mia? Siéntate, no va a querer hablar contigo.- dijo Louis.

Yo ya había salido del comedor. Fui corriendo a lo largo del pasillo y levanté la vista. Vi unos mechones pelirrojos girar la esquina a la derecha, así que seguí su camino. Entonces la vi, a lo lejos, mientras salía al jardín y corría sobre la hierba vestida con su camisón blanco.



-¡Espera!- dije

La chica se giró e intentó correr más rápido. Pero se cayó, y la pude alcanzar. Cuando llegué a su altura la miré. Ella me miró a su vez y se quedó callada. Chasqueó la lengua y soltó un suspiro. Yo le extendí mi mano para ayudarla a levantarse.

-Puedo sola. ¿Quién eres y qué quieres?- dijo con un tono seco.

-Soy Mia, soy nueva. Quiero estar contigo. Te seguiré y te escucharé si quieres hablar.

-No quiero la ayuda de ningún alma caritativa.- dijo burlándose.

-No soy un alma caritativa. Yo también estoy enferma. Sólo pretendo compartir unas palabras. Pareces interesante.- dije, tratando de ponerme a su nivel.

Ella siguió caminando y yo la seguí. Llegamos a un pequeño lago que había y se sentó en una roca. Yo me senté a su lado, y ambas nos quedamos mirando la luna.

-¿Fumas?- dijo mientras sacaba una caja de cigarrillos y un mechero.

-Tengo leucemia, no puedo.- dije viendo cómo se encendía el cigarrillo y soltaba el humo.

-Esto solo acorta tus días de sufrimiento, pero como quieras.

-¿Por qué no comes?

-Por si no te habías dado cuenta, soy anoréxica.- hizo un gesto de burla.

-Me he dado cuenta. ¿Por qué no comes?- repetí la pregunta.

-Veo la comida en blanco y negro. No quiero comer. No quiero verme mal.

Hubo un silencio. No sabía qué decir. Mientras, me fijé en el bonito cielo estrellado. Recorrí el camino de estrellas de derecha a izquierda, recorrí todo el cielo y mis ojos se volvieron hacia Abril. Me fijé en sus pecas que recorrían sus mejillas rosadas.

-¿Quieres una foto, Mia?- me dijo al darse cuenta de mi descarada forma de analizarla, haciéndome volver a la realidad de una forma muy poco amable.

-¿Te diviertes aquí?- dije intentando disimular el incómodo momento que acababa de pasar.

-Tengo mis métodos, quizá algún día te los enseñe.

De pronto escuché unas voces a lo lejos, que se acercaban velozmente. Abril se deshizo del cigarrillo. Nos giramos. Entre los árboles aparecieron Blas, Louis y Dan.

-Aquí estáis. Mia, te he traído un poco de pan.- dijo Blas. Noté la incomodidad de Abril.

Acepté el trozo de pan y ellos se sentaron en la hierba a nuestros pies.

-¿Queréis?- Abril les ofreció su caja de cigarrros. Blas cogió uno.

Al cabo de unos minutos, nos levantamos y fuimos hacia el hospital. Al entrar en el vestíbulo, ellos empezaron a subir la escalera del ala oeste.

-Yo me voy por aquí.- dije yo mientras desviaba mi paso hacia el otro lado del vestíbulo, dirigiéndome a la otra escalera.- Buenas noches a todos.- sonreí.

-Espera, te acompaño.- dijo Blas. Todos se sorprendieron, pero nadie dijo nada. Subimos las escaleras y atravesamos los pasillos. Nos paramos en frente de mi puerta. A mí se me revolvió el estómago al verle tan cerca de mí.

-Buenas noches, Mia. Que descanses, nos vemos mañana en el desayuno. Ponte la alarma, no te quedes dormida.- Y me abrazó. Sentí cómo me estremecía allí mismo.

-Gracias, por acompañarme. Hasta mañana.- dije con una sonrisa que mostraba lo sorprendida, pero a la vez emocionada, que estaba.

Me metí en la habitación y cerré la puerta detrás de mí. Cansada, me tumbé en la cama mirando al techo. Me sentía nerviosa, mi pulso estaba acelerado. ¿Sería Blas la causa de ese sentimiento? Ni pensarlo, estaba enferma. No podía hacerle eso.

Una luz molesta me hizo abrir los ojos. El sol daba de lleno en mi cama a través de mi enorme ventana de cristal. Me levanté y cerré las cortinas. Anoche me quedé dormida. Mierda. No me puse la alarma, eran las diez. No había bajado a desayunar, como Blas me había dicho. Y el médico estaría a punto de llegar. Por suerte, me había despertado en la misma posición en la que la noche anterior me había tumbado sobre la cama, así que no tenía que hacer la cama de nuevo. Me lavé la cara y me arreglé el pelo. De repente, escuché cómo alguien llamaba a la puerta. La abrí y un señor con bata blanca y un maletín entró sin preguntar. Y tras él, otro chico más joven. Era el médico.

-Buenos días, Mia. Vengo del hospital.- dijo el de la bata blanca.

-Buenos días.- respondí yo, frotándome los ojos.

Yo me senté en la butaca de piel que había al lado de la ventana. Él empezó a abrir su maletín. Y sacó una pulsera metálica con una pequeña luz blanca que parpadeaba. Parecía uno de estos aparatos traídos del futuro.

-Esta pulsera te va a controlar todo. No necesitarás estar enganchada a ninguna vía ni tubos raros. Te proporcionará las vitaminas necesarias. No te preocupes, pero no te la quites. Si ves que la luz pasa a ser amarilla avisa a un celador, si ves que está roja, ve al servicio de urgencias inmediatamente. Pero eso solo pasará en un caso

extremo. ¿Entendido? Bien, ahora esto te dolerá un poco, pero tiene que inyectarse en tus venas.- dijo, tranquilo, como si toda esta información fuese fácil de asimilar. Me colocó la pulsera y, antes de cerrarla, contó hasta tres. El doctor habló de tantas cosas en un solo minuto, que se me había hecho muy difícil entender una sola palabra.

1,2,3...

-¡Au!- exclamé yo. Había sido el dolor más intenso de mi vida. Sentí como si varias agujas hubiesen traspasado mi piel en un segundo, todas de golpe. De hecho, era justo lo que había pasado. Las agujas se habían literalmente clavado en mis venas. -Esta tarde nos llegarán tus datos. Será como una analítica, pero los veremos en tiempo real. Dentro de unos días, te llamaremos para hablar contigo e informarte de cómo va el cáncer, y quizá hacerte unas pruebas.- dijo el doctor. Y después, se marchó sin decir ni una palabra más.

Me quedé unos segundos contemplando cómo el sol acariciaba la hierba del jardín. En seguida, bajé corriendo al vestíbulo.

-Cariño, no te he visto en el desayuno.- dijo una voz sorprendiéndome por la espalda.

-Me he quedado dormida.- le respondí. Me di la vuelta y vi que era mi celadora, Feli.

-Ten, cómetela, dentro de una hora es el almuerzo.- dijo, ofreciéndome una manzana.

-Gracias.- la cogí y salí por la puerta del vestíbulo.

Le di un mordisco a la manzana. Empecé a pasear viendo como el borde de mi vestido ondeaba por la refrescante brisa. De pronto oí una música. Me resultaba muy familiar. Al escuchar la voz que la acompañaba, reconocí a Blas. Allí estaba, rodeado de Dan y Louis. Blas apuntaba cosas en una libreta. Fui corriendo a saludarlos.

-¡Mia! Por fin.- gritó Dan. Al oírlo, Blas apartó su guitarra y levantó la vista, expectante.

-Buenos días, chicos. El médico ha venido a visitarme.

Me senté con ellos y Blas empezó a tocar de nuevo. En ese momento sentí paz. Se respiraba aire fresco y, aunque hacía frío porque todavía estábamos en primavera, se estaba bien sobre la hierba fresca y al sol.

-¿Qué es eso?- dijo Louis señalando la pulsera.

-Es para controlar mi enfermedad, según el médico.- Les expliqué lo de las luces, todo.

-¿Dónde está Abril?- pregunté mirando a los lados.

-Estará en el lago, fumando a escondidas.- respondió Blas.

-Vayamos a buscarla.- sugerí.

-¿Para qué?- dijo Louis, serio.- Abril no es simpática, Mia.

-Es mi amiga. Vamos.- respondí cortante. Vi que Louis no daba ninguna respuesta, así que cogí su pelota y la lancé en dirección al lago. Él puso los ojos en blanco.

-Joder, Mia. Vale. Pero no pienso aguantar ningún tipo de comentario por su parte. Cuando llegamos, vimos a Abril sentada en el césped, leyendo un libro, y con la pelota de Louis en la mano.

-Toma.- le dijo. Y extendió su brazo para darle la pelota a Louis.- Y toma.- extendió el otro brazo y le ofreció la caja de cigarrillos a Blas. Pero él rechazó la oferta.

-¿Qué lees?- pregunté mientras nos sentábamos a su alrededor.

-Jane Austen, Orgullo y Prejuicio. Es mi libro favorito.- dijo acariciando la página por la que estaba abierta el libro.

-Es un gran libro.- contesté. En realidad nunca lo había leído pero había escuchado hablar de él. Entonces, como si Abril me leyera la mente me dijo:

-Te lo dejaré cuando lo acabe otra vez.- y sonrió. Fue una sonrisa diminuta, pero me transmitió seguridad. Abril no nos odiaba. Éramos amigos.

-¿Es lo que haces siempre? ¿Sentarte aquí y leer ese libro?- dijo Louis.

-Saber es poder. Yo sé de libros más que nadie aquí. Además, es lo mejor que puedo hacer.

-Eso no es verdad.- respondió Louis seguro de sí mismo.- Hagamos una cosa, digamos autores. Y quién antes se quede en blanco se tira al lago.- abrí los ojos como platos.

-¡Estás loco! Hace frío...- respondió Abril sin levantar la vista de la hoja.

-Tienes miedo de perder.- le retó Louis.

Abril levantó la mirada. Suspiró y, desafiante, dijo:

-Jane Austen.- Louis sonrió.

-Shakespeare.

-Virginia Woolf.

-Oscar Wilde.

-Agatha Christie.

-J.K. Rowling.

-... Em... No recuerdo su nombre...- Abril se puso nerviosa.

- Has perdido.- dijo Dan.

-Está bien.- dijo Abril. Puso una flor seca en la página que estaba leyendo y cerró el libro. Se levantó y se soltó el pelo. Se quitó las zapatillas y, vestida con un camisón blanco, empezó a correr hacia el lago. Nosotros la miramos. Se subió a una roca y, sin pensárselo dos veces, saltó. Se escuchó cómo se zambullía en el agua. En seguida, me levanté y fui corriendo a ver cómo estaba. Al llegar la vi nadando en el agua cristalina y transparente del lago. Me quedé mirándola en el borde de la gran roca de la que había saltado. Entonces, alguien me empujó por detrás suavemente y caí de la roca. Salí a la superficie y vi a Blas riendo. Y segundos más tarde llegaron Louis y Dan.

-¡Eso es traición!- grité mientras me mantenía a flote. Abril me salpicó.- Eso no es de valientes.- le devolví el salpique a Abril.

-Espera.- dijo Blas. Se empezó a quitar la camiseta. Me quedé mirándolo. Blas era el chico más guapo que había visto nunca.- ¿Esto sí es de valientes?- y nada más decir eso, saltó. Cuando salió del agua, movió bruscamente su pelo. Le miré. Tenía el pelo empapado y sus ojos verdes se achinaban cuando me sonreía. Sonreí al verle.

Al subir, Dan le tendió el paquete de cigarros y el libro a Abril.

-Vale, Mia se duchará en mi habitación y vosotros id a prepararos. Ven, Mia, Te dejaré ropa.- Los chicos se alejaron por el pasillo.- Sígueme.- Me indicó con la mano.

Atravesamos el edificio. Abril empezó a subir unas escaleras de caracol de piedra. Subíamos por la torre del ala oeste. Si su habitación estaba ahí, sus padres debían de haber pagado una fortuna. Era una de las mejores habitaciones. La escalera de caracol no era muy larga y en seguida llegamos arriba. Abril abrió la puerta, Cuando entré me quedé boquiabierta. El techo era una bóveda de piedra. La habitación era redonda y había ventanas por todas partes. Las camas eran más grandes y las vistas... Las vistas eran alucinantes. Se veía el mar. Cómo las olas rompían en el acantilado. Se me erizó la piel. Era una habitación maravillosa.

-Es preciosa, ¿verdad? Dúchate tú primero, mientras iré sacando un camisón para ti. ¿Qué color te gusta? El amarillo te quedaría genial con tus ojos color miel.

Mientras me duchaba, escuché a Abril cantar. Tenía una voz dulce y angelical. Cerré los ojos y disfruté ,mientras el agua caliente se deslizaba por mi cuerpo.

Cuando salí, Abril estaba asomada por la ventana fumando un cigarro. Se giró y lo tiró.

-Ahí lo tienes. Me toca.- dijo sonriente. Y se encerró en el baño.

Me puse el camisón. Era precioso. Me miré en el delicado espejo que había y di una vuelta para ver el vuelo de la tela. Me senté en frente del ventanal gigante.

Abril fue mucho más rápida. Cuando salió sacó un camisón blanco del armario.

-Gírate. No quiero que me veas. No mereces verlo.- dijo. Yo supe en seguida a lo que se refería. No giré mi cabeza, me quedé viendo las olas. Me transmitían paz.

Cuando bajamos al comedor, ellos estaban sentados en la primera mesa. Se nos quedaron mirando. Blas me miró de arriba abajo y me sonrió.

-Te quedan bien los camisonos de Abril.- dijo. Todavía tenía el pelo húmedo.

Me sonó la alarma. Estaba amaneciendo y se escuchaba cómo las olas azotaban las rocas. El sonido de la naturaleza envolvía el lugar.

Me cambié, crucé las instalaciones y subí las escaleras del ala oeste. Me encontré a los chicos por los pasillos.

-Hoy no te has dormido.- dijo Blas.- ven con nosotros. Abril sale antes a leer en el lago.

-Buenos días.- dije, y empezamos a caminar escaleras abajo otra vez.

Fuimos a desayunar, cómo de costumbre. Pero ese día era muy temprano y se notaba.

-¿Estás nerviosa?- preguntó Blas.

-Un poco... Hace meses que no toco un libro.

-Todo saldrá bien, dormilona.- Blas me sonrió y me acarició el hombro.

Al acabar, cogimos nuestros libros y nos dirigimos hacia las clases.

Cuando entramos en la parte del edificio con las aulas, empecé a ver a mucha gente.

-Me toca ciencias, ¿dónde está esa clase?- pregunté.

Me acompañaron hasta el laboratorio. Blas se despidió de mí cuando llegamos a la puerta del aula.

-Mucha suerte, dormilona.- me susurró.

-Muchas gracias, chicos.- sonreí.

Entré y un hombre con gafas redondas y pelo blanco, me recibió con una palmadita en la espalda y una gran sonrisa. La gente estaba hablando y tirando aviones de papel.

Todavía seguía entrando gente por la puerta. Yo me quedé ahí de pie, esperando. Lo que más me sorprendió fue la cantidad de gente que estaba sentada, con la vista fija en su pupitre. Mis primeros días de clase siempre eran un caos: todos hablaban con todos, contándose sus vacaciones mutuamente. Abrazabas a tus amigos, a los cuales no habías visto en todo el verano. Todo era tan... Caótico. Pero era alegre, divertido. Aquí la gente estaba triste, desganada.

-Buenos días Mia, siéntate ahí.- me sobresaltó el profesor señalando un pupitre, interrumpiendo mis pensamientos.

-Gracias.- respondí. Hablé tan bajito que no sé si pudo escucharme.

Me senté al lado de una chica con el cabello negro azabache y unos grandes ojos marrones, que ni siquiera me miró.

-¿Cómo te llamas?- le pregunté. La chica me miró. Entonces el profesor empezó a explicar y no obtuve respuesta por su parte. Me quedé con las ganas de conocerla.

*“Lo único que me consuela es la luna. Sólo ella conoce mis miedos, mis sueños y mis alegrías. Ella es la única fuente de fuerza que tengo. Cuando ella se fue de la manera más injusta, decidí darle otra oportunidad ciega para no sentirme sola. Para sentir su amor. Para mí la luna tiene nombre: mamá.”*

## **CAPÍTULO 2. AVA.**

“Mr. Greco” escribió el profesor en la pizarra.

-Así es como quiero que me llaméis. ¿Entendido? Bien, veo que tenemos una alumna nueva. Señorita Sorní, levántese y preséntese a la clase, por favor.

De pronto, la chica alta con una melena larga y rubia se levantó. Su pelo era precioso. Era rizado y tenía reflejos que le hacían lucir como una princesa del

bosque. Vestía el uniforme del internado, de color puramente blanco. Y llevaba un collar dorado con una ola del mar.

-Buenos días, me llamo Mia. Emm... Bueno, me ingresaron aquí cuando me diagnosticaron leucemia. Y pues... mi color favorito es el azul marino... Creo que ya está.- se presentó. Me quedé algo paralizada. Había tenido esa enfermedad muy cerca. Sabía bien qué era.

Al acabar la clase, fui a los baños y me encerré. No lo soportaba más. "Vete ya, por favor" le supliqué a una voz que retumbaba en mi cabeza todos los días. "No voy a hacerlo."

Cuando pensaba que todos estaban en su segunda clase, salí. Al abrir la puerta, vi esa melena rubia que me resultaba tan familiar. El rostro de Mia se reflejaba en el espejo y vi cómo se miraba a los ojos con un semblante de preocupación hasta que se dio cuenta de que estaba ahí.

-¿No crees que es injusto que tú sepas mi nombre y yo el tuyo no?- dijo sonriente.

-¿Tan importante es? Ni siquiera sabes quién soy.

-Pues dime quién eres.- respondió mientras abría el grifo para echarse agua en la cara.

-Soy Ava. Nadie disfruta de mi compañía. Es complicado. Mejor no lo intentes.

-Interesante.- dijo cambiando su expresión.- y... ya sabes, ¿qué te pasa? digo, ¿por qué estás aquí?

-Es complicado, tengo que ir a clase.- respondí al darme cuenta de que su pregunta me tensaba.

Salí a toda prisa del baño y no volví a saber nada más de Mia en todo el día.

La noche era mi momento favorito del día. Podía observar como los astros iluminaban la oscuridad y escuchar cómo el rugir del viento irrumpía en el silencio inquietante de la noche.

Agradecí que mis pies descalzos tocaran el césped mojado. Todo estaba en calma hasta que le oí. Escuché esa voz amenazadora que me atormentaba día sí y día también. Empecé a correr con la esperanza de alejarme de esa maldita voz. No desaparecía. Cada vez escuchaba más fuerte las palabras que decía. Me tapé los oídos con las manos y aceleré inconscientemente. Cerré los ojos con fuerza. Sabía que había un largo campo de césped hasta el lago y no corría peligro. De pronto, unos brazos me acogieron y frenaron de repente. La voz se calló. Abrí los ojos



asustada, con miedo. Cuando me di cuenta, estaba entre los brazos de un chico con gafas que escondían unos brillantes ojos color miel que me miraban asustados.

-¡Ava! ¿Qué ocurre? ¿Estás bien? Ven, siéntate.- dijo Mia mientras me cogía del brazo y tiraba de mí hacia unas piedras dónde habían más personas sentadas.

-Soy Louis.- dijo el chico mientras me soltaba y me acompañaba junto a Mia.

Estaba desorientada y confusa. En una de las piedras estaba sentado ese chico que siempre estaba tocando la guitarra en el jardín y, a su lado, uno de los dos chicos que siempre se sientan a escucharle, el otro era Louis. También había una chica a su lado. La chica que salió corriendo del comedor el otro día. Y me di cuenta de que Mia debía de ser la chica que había salido corriendo tras ella. Era una persona muy observadora. Había aprendido a serlo a la fuerza.

-Estoy bien, gracias.- dije mientras me sentaba en una de las rocas.- sólo estaba corriendo.

-Parecías asustada.- dijo la chica pelirroja.- Soy Abril, por cierto. Este es Blas y él es Dan.

-No... no podía ignorarla. Cada vez hablaba más alto.- dije, sin tener precaución ninguna.

-¿El qué, Ava?- dijo Mia, posando su mano sobre mi rodilla y agachándose para mirarme a los ojos mientras yo estaba cabizbaja.

-La voz. Su voz.- dije. Ya no podía más, tenía que contárselo a alguien.

-¿De quién es esa voz?- Mia parecía entender mi problema.

-De mi padre. Es su voz. Me grita igual que le gritaba a ella. Me asusta demasiado.

-Sé que no quieres hacerlo, pero para que te podamos ayudar tenemos que saber de qué hablas, Ava.- dijo Abril de forma sorprendentemente comprensiva. Parece que mi problema no era tan complicado como pensaba, todos parecían entender lo que ocurría.

-Cuando era pequeña, él le pegaba a mi madre. Le hacía verdaderas bestialidades. Ella intentaba sobrellevar los impulsos de mi padre. Hace casi un año que mi padre la asesinó. Yo estaba escondida en el armario de mi habitación. Escuché cómo le decía a mi madre que la iba a matar. Me quedé encerrada mientras lloraba en silencio y mis lágrimas se multiplicaban sin parar. Semanas más tarde mi padre se suicidó. Yo le encontré. Vi sus ojos penetrantes, cómo se clavaban en los míos intentando arrancarme el alma. Al principio empecé con las pesadillas. Y ahora las voces.

Todos se quedaron mirándome, petrificados. El semblante de Abril, en cambio, parecía mostrar interés. Louis me acarició el hombro. Sentí un escalofrío que me recorrió el cuerpo.

Estuvimos alrededor de una hora hablando de nuestras situaciones. Nos escuchábamos mutuamente y eso era de agradecer, ya que no todo el mundo lo hacía.

-Mirad las constelaciones. Aquella es preciosa, no tengo ni idea de cómo se llaman.- dijo Blas. Todos rieron. Con ellos me sentía cómoda.

-Ahí está.- dije señalando una estrella que brillaba más que las demás.- Aquella es mi madre.

-Eso es muy bonito, Ava.- dijo Mia.- Puedes contar con nosotros. Estamos aquí. Esa noche no volví a escuchar la voz. Ni esa noche ni ninguno de los tres días posteriores.

Era sábado. Al despertarme bajé al jardín. No había casi nadie, solo Abril. Los demás estaban desayunando en el comedor. Abril estaba sentada, mientras leía un libro.

-Buenos días.- le dije. Vi que se había hecho un semi recogido con un lazo verde que contrastaba con el rojizo color de su pelo.- Estás preciosa, Abril.- le halagué.

-Lo sé. ¿No es bonito? Me queda tan bien.- reconoció sonriente.

-No seas tan humilde, preciosa.- bromeé. Abril se rió y me mostró la portada de su libro.

-Como dijo Jane Austen, "El orgullo está relacionado con la opinión que tenemos de nosotros mismos, la vanidad, con lo que quisiéramos que los demás pensaran de nosotros mismos."- respondió. "Impresionante", pensé.

-Orgullo y prejuicio. Mi madre tenía ese libro y está repleto de anotaciones y marcas.

-Sería un honor leerlo.- dijo.- Si no te importa.- añadió al ver mi expresión melancólica.

-No sé dónde está. Lo encontraré cuando salga de aquí. Y te lo llevaré.- Abril se emocionó.

Más tarde, llegaron los demás. Louis me rodeó con el brazo y se sentó a mi lado mientras que los demás nos miraban a Abril y a mí como si hubiesen tenido una idea brillante.

-Dentro de nada, ya es verano. Y sabéis que tendremos un mes de vacaciones. - dijo Dan.- Hemos pensado en hacer una escapada, pero será sorpresa. Una sorpresa para vosotras tres, chicas.- dijo mirándonos a Mia, a Abril y a mí. Sonó interesante.

-Me apunto.- se apresuró Mía, - yo me apunto a todo. - Abril y yo nos añadimos.

De pronto, el olor a verano se camuflaba en las brisas que acariciaban la hierba del jardín. Los colores se habían vuelto más vivos y la gente estaba más feliz. Después de tres meses de clase, íbamos a tener nuestras pequeñas vacaciones de verano. Habíamos quedado a las cinco de la mañana en el pasillo. Yo trataba de conciliar el sueño mirando a la luna, pensando que su energía me daba fuerzas para seguir. Las horas pasaron como segundos. Nos escapamos en el cambio de guardia, sin que nadie se percatara de nuestra huída. Cuidadosamente, salimos por la puerta trasera.

Al salir por la puerta trasera, un frondoso bosque nos abrió el paso. Estuvimos caminando alrededor de una hora, entre grandes árboles y arbustos. El canto de los pájaros alegraba el comienzo del día. Las estrellas caían y la luz del día empezaba a asomarse entre el follaje.

-¿Cuánto queda?- pregunté. Tenía ganas de llegar.

-Se supone que estamos llegando.- respondió Blas, abriendo un papel. Era el mapa que habían cogido de la biblioteca.- Efectivamente, es por ahí.

Más tarde llegamos a un camino de tierra similar a la arena. Los chicos pidieron que cerrásemos los ojos, y eso hicimos. Blas dijo "ya" como señal. Poco a poco los abrí. Y ante mi mirada se abrió un paisaje que jamás había visto. Estaba amaneciendo y los colores se juntaban en el cielo formando un degradado de pigmentos cálidos fusionados con el azul del cielo, que se fundían con la gran masa de agua salada que se abría entre las rocas del acantilado, y que era infinita.

Era una imagen preciosa. Era tan bonita que un pequeño picor recorrió mi nariz y de mis ojos, acuosos, brotó una lágrima, una sola, provocada por la belleza del momento. Abril me apretó la mano. Me quedé alucinada.

-¿Ava? ¿Qué ocurre?

Todos me miraron. Jamás pensé que diría lo que estaba a punto de decir.

-Es la primera vez que veo el mar. Nunca he salido de mi pueblucho en las montañas.

-Es hermoso, ¿verdad? Es lo más hermoso que existe.- Mia me abrazó.

-Creo que me he enamorado del mar.- comenté.

Estuvimos unos largos minutos contemplando cómo aquella bolita, el sol, subía hacia el cielo y se despegaba del horizonte, acompañada por una maravillosa explosión de colores anaranjados y rojizos.

-¿Quién tiene hambre?- Abril comenzó a sacar fruta y alimentos de la cesta de mimbre que llevaba.

Hicimos un picnic sobre la hierba, a unos pocos metros del borde del acantilado. Mia y Abril traían cantidad de comida. Abril no probó bocado.

-¿No son las cerezas una fruta riquísima?- dijo Louis.

-Más lo es la manzana. Ten, prueba.- le ofrecí a Abril.

Ella me miró sorprendida. En su semblante no se distinguía la indignación de la sorpresa.

-No. No, y lo sabes. Déjame.- se levantó y se acercó al borde. Me asusté cuando vi que se sentaba y dejaba sus piernas colgando, y su falda ondeando.

-No era mi intención.- aclaré. La seguí.

-Abril, lo siento. Solo pienso que deberías probarla, está realmente buena.

-Sabes que no como. No quiero verme mal.

-Esta es una de las mejores manzanas que he probado. Su jugo es delicioso.- añadí sonriendo.

Abril miraba al frente. Yo dejé la manzana en la roca y me fui. Abril necesitaba ayuda, yo simplemente trataba de hacerle entender que yo sólo quería ayudarla.

Al volver, vi que Blas sacaba su guitarra. Mia apoyaba la cabeza en su hombro.

Louis estaba apoyado en la silla de Dan. Mis amigos. Mis queridos amigos.

Estuvimos escuchando las melodías de Blas y, cuando nos dimos cuenta, ya era completamente de día.

-¿Cómo es de cerca?- dije mirando al horizonte.- El mar. ¿El agua es realmente azul?

-Vamos a comprobarlo.- dijo Louis mientras se levantaba.- Por ahí se puede bajar.- dijo señalando unas rocas que formaban una pequeña escalera.

-Tened cuidado, chicos.- dijo una voz detrás de mí.

Abril se acercaba hacia nosotros. Con un hueso de manzana mordisqueado en la mano. Lo dejó caer entre la hierba.- Ava, ¿tienes más? .- sonrió.

-Claro, hay más.- sonreí estupefacta. Mia, pásame una.- dije mientras miraba a los demás, que estaban igual de felices que yo. Abril había comido, por fin. Estaba muy orgullosa de ella.

-Nosotros nos quedaremos aquí y bajaremos más tarde.- dijo Blas, refiriéndose a Dan, Abril, Mia y él.

Mientras bajaba escuchaba las alabanzas de alegría que Mia le dedicaba a a Abril. Era un gran paso para ella. Todos lo sabíamos. Al fin y al cabo, estábamos en un lugar en el que comer, le podría significar salir y vivir su propia vida. En paz. Todos queríamos eso.

Louis y yo bajábamos por un empedrado camino diagonal que acababa en unos frondosos arbustos, y se veía el mar tras ellos. La arena se mezclaba con las piedras del camino.

Después de un largo rato, llegamos al pequeño camino entre los matorrales. Abría el paso a la orilla.

Me quedé asombrada al ver el agua del mar acariciando la arena. Yendo y viniendo. Meciéndose tranquilamente. Y el ruido de las olas... Sólo lo había escuchado a través de las caracolas.

-¿Qué te parece?- preguntó Louis abriendo los brazos.

-Esto... Esto es... Es precioso, de verdad.- dije consiguiendo que las palabras por fin salieran de mí.

Louis se quitó las zapatillas. Y empezó a quitarse los pantalones. No entendía nada.

-¿Qué- qué haces?- tartamudeé. Louis sonrió.

-¡Vamos! ¿Has bajado aquí para quedarte en la arena?- exclamó mientras corría de espaldas y me miraba sonriente. Se giró para correr hacia la orilla mientras se quitaba la camiseta.

Corrí tras él. Mientras pisaba la arena a toda prisa, me sentía feliz. Ignoré por completo el porqué estaba dónde estaba. En ese momento me di cuenta de que estaba mejorando. Hacía días que no le escuchaba.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por mis pies entrando en contacto con el agua fría del mar. Por fin lo sentía. El mar. Sentía cómo el agua mojaba cada centímetro de mi anatomía. Pisaba la arena bajo el agua enterrando mis pisadas.

-Esto es genial.- comenté mientras hundía mi cuerpo hasta el cuello.

-Es increíble que sea la primera vez que te metes en el mar. Me gusta que sea aquí, conmigo.-dijo Louis. La última frase la dijo cabizbajo, con timidez, pero regalándome una sonrisa al acabarla. Louis era increíblemente atractivo con el pelo mojado.

De pronto, una pequeña ola me llevó con ella en dirección a un conjunto de rocas que habían a mi derecha. La corriente tiró de mí hacia ellas, tan fuerte que no pude mantenerme en pie.

Louis se subía a las rocas y se tiraba de ellas al agua. No paraba quieto. Después de tirarse por quinta vez, se acercó a mí. Sin que yo preguntara, me contó que estaba en un período eufórico. Formaba parte de su enfermedad. También podían ser depresivos. Me ayudó a entenderle, y me gustó tanto que lo hiciera...

Después de subir la colina, volvimos con los demás, que ya estaban recogiendo.

-¿Qué tal ha ido?- preguntó Mia acercándose a mí.- ¿Te ha gustado el mar?

-Es tan bonito... Mia, creo que siento algo por él.- confesé mirando a Louis.

-¿En serio? No es ninguna sorpresa. La forma en que os miráis lo dice todo.- sonreí.

-Lo digo de verdad. Gracias por abrirme a ellos Mia. En estas situaciones es difícil encontrar a alguien con quién sentirte cómoda.- ellos eran mi apoyo, y Mia fue quien lo había hecho posible. A veces en los peores momentos encontramos a las mejores personas.

Volvimos antes del mediodía. Cuando el sol pegaba realmente fuerte, como señal de que el verano estaba a la vuelta de la esquina. Y me entusiasmaba esa idea.

Los días de verano pasaron rápidamente. Hicimos una excursión a la ciudad durante unos días. Fuimos a la feria y nos montamos en la noria. Algo que fue complicado para mí, ya que le tenía mucho miedo a las alturas. Fue el único momento en el que escuché la voz de mi padre. El resto de los días los pasamos en el lago, escuchando las melodías que Blas tocaba con su guitarra. Dan pasó la última parte del verano con su familia en su casa de campo. Yo estaba mejorando mucho y muy rápido. Pero se acercaban los días de visita. Esos días en los que tus familiares y amigos, si todavía los conservas, pueden venir a verte la última semana de verano. Yo estaba ahí por la gran herencia que me había dejado el monstruo de mi padre. Pero no tenía a nadie. No tenía familia. Nadie vendría a visitarme. Todos estarían con sus familias menos yo. Sabía que me iba a sentir muy sola. Y justo en

esos momentos de soledad, sin nadie que me distrajera, eran en los que solía tener mis peores episodios.

*“Dicen que llorar muestra debilidad. Pues os cuento un secreto: llorar es de personas fuertes. No significa que seas débil, al contrario, puede que lleves demasiado tiempo siendo fuerte y ya no puedas con ello. Es de valientes, porque llorar es coger aire, sacar lo que nos duele, y seguir adelante.”*

### **CAPÍTULO 3: DAN.**

La semana de visitas empezaba y yo había vuelto al internado. Había vuelto para hacer las maletas.

-Mis padres piensan que ya estoy bien, y que puedo estar con ellos en la Villa.- anuncié ante mis amigos.

Hubo un silencio. Nadie sabía qué decir. Hasta que Mia habló:

-Me alegro.- dijo posando su mano en mi rodilla.- Te mereces salir ya de aquí.

Pronto saldremos los demás y podremos ser libres juntos.- bromeó con una sonrisa.

-Yo nunca voy a salir de esta puta residencia para enfermos.- gruñó Blas. Sabía que él era el que más ganas tenía de salir. No supe qué contestar.

-Blas, todos acabaremos saliendo de aquí. Al final saldremos. Yo confío en ello.- Mia siempre encontraba las palabras correctas. Era la balanza del grupo.

-¿No te das cuenta? ¡Estoy enfermo Mia! ¡Tú también lo estás! ¡Todos lo estamos! ¡Todos estamos jodidos!- A Mia le cambió la cara. Nunca habla sobre su enfermedad. Es porque quiere evitar el tema, quiere pensar que no está bajo los efectos de una quimioterapia y que no tiene ninguna enfermedad que la arrastra bajo la incertidumbre. Pero no es así.

-Eres un mierda, Blas. Califícate a ti pero no lo hagas conmigo.- sin decir una palabra más, se levantó y se fue sin mirar atrás. Blas se llevó las manos a la cabeza y suspiró. Abril salió tras ella, fulminando al chico con la mirada.

-Tranquilo tío, Mia es muy tranquila, pronto se le pasará.- dijo Louis.- Yo la entiendo. Tiene la enfermedad más jodida de todas.

-Louis cállate.- Blas trataba de no escuchar lo que decía. Sabía que le dolía escucharlo porque él la quería. La quería demasiado.

-Tiene razón, Blas.- anuncié.- Pero Mia es fuerte.

Como si el mismísimo universo hubiese escuchado mis palabras, Abril apareció corriendo. Estaba asustada y corría tan rápido como podía.

-¡Ayuda! ¡Es Mia! ¡Se ha desmayado y... la luz...del aparato ese... era amarilla!- gritó a lo lejos. Todos cruzamos miradas mientras nos levantábamos. Todos menos Blas, que ya estaba corriendo desesperadamente.

Abril nos indicó y nos llevó a una de las entradas del internado. Ahí estaban Feli y más enfermeros vestidos de blanco. Blas estaba caminando de un lado a otro.

-Solo se ha desmayado. Es común con su enfermedad. No os preocupéis.- trató de calmarnos Feli.

-¡Cómo no nos vamos a preocupar!- Abril estaba desesperadamente asustada.

-Chicos, de verdad, no es nada, es normal. Dejadla descansar.- afirmó Feli.

-Venga chicos, vamos, ella tiene razón.- dije. Después de media hora estábamos todos en nuestras respectivas habitaciones. Eran mis últimos días ahí. Miraba el techo melancólico. Ladeé la cabeza y miré a Louis, que estaba en la cama de al lado. Él se dio cuenta.

-Estoy muy feliz por ti.- aseguró sin levantar la vista del libro que leía.- Ya era hora. Acto seguido, apagó la luz.

La mañana siguiente fue muy ajetreada. Las puertas del internado se abrían para los familiares. Mi familia sólo vendría el último día para llevarme a casa. Pero tenía ganas de ver a las familias de mis amigos.

-¿Sabéis cómo está?- pregunté refiriéndome a Mia.

-Dicen que esta tarde ya podremos ir a verla.- respondió Abril con una expresión confusa.

Ahí estábamos. En los sofás del vestíbulo esperando a nuestros familiares. Algunos con más ganas que otros.

De pronto, de la puerta giratoria situada en la entrada salió un hombre. Que miró sonriente a Abril. Ella se levantó y fue corriendo a darle un cálido abrazo.

-Hola papá.- Le dio un beso.- Nos vemos luego chicos.- dijo a la vez que rodeaba a su padre con el brazo. La cara de su padre era un poema. Estaba claro que ver a Abril impresionaba. Nosotros ya nos habíamos acostumbrado. Pero era difícil de asimilar.

Tiempo después apareció la familia de Louis. Su hermano pequeño y él se fundieron en un alegre abrazo. También apareció el padre de Blas, quien le dio unas simples palmaditas en la espalda como saludo. Se notaba que Blas había salido a su padre en eso: dos hombres poco afectuosos.



-Bueno, ya que ninguno de los dos espera a su familia, vamos a hacer algo. Se me va a quedar el culo cuadrado.- se quejó Ava. Reí tan fuerte que todos los presentes se giraron. Ava era bastante graciosa.

Estuvimos en el lago hablando toda la mañana. Observando cómo los patos y las ranas movían el agua que parecía un manto azul. Las hojas caían de vez en cuando. Estaba llegando el otoño.

A la hora de la comida, todos comían con sus familiares. Todos menos nosotros. Por la tarde fuimos a ver a Mia. Quedamos todos en las escaleras y subimos a su habitación. Cuando llegamos, Blas tocó a la puerta.

-Habéis venido.- dijo Mia sonriente. Le encantaba la compañía.

-¿Pensabas que te ibas a librar de nosotros tan fácilmente?- dijo Abril mientras se sentaba en los pies de su cama. Blas se acercó. Y entonces todos llamamos.

-Me has dado un susto de muerte.- suspiró Blas mientras le retiraba los mechones rubios de la cara. Le dio un beso en la frente. Creo que Mia se derritió ante esa muestra de cariño.

-Nunca me iría de este mundo sin cumplir nuestros planes de futuro.- Blas le sonrió al escuchar sus bonitas palabras.- Seré la madre de tus hijos.- bromeó. Aunque sabía que todos deseábamos que no fuese broma. Todos queríamos vernos felices entre nosotros. Y Mia era la razón por la que Blas sonreía todos los días.

De repente, una mujer adulta y una señora mayor entraron por la puerta y abrieron los ojos cuando nos vieron a todos alrededor de la cama de Mia.

-Veo que estás bien acompañada...- la señora Sorní nos miraba a todos con una sonrisa.

-Son la mejor compañía de todas, mamá.- contestó ella.

-Ay, cielo, tú debes de ser Abril.- preguntó la abuela de Mia.

Abril sonrió asintiendo. Mia había rescatado a mucha gente, en especial a Abril.

-Y tú... tú debes de ser Blas. Oh...Es igual que... igual que...- los ojos de la abuela de Mia se cristalizaron. Noté cómo su madre bajaba la mirada. Mia tomó aire.

-Igual que el abuelo, sí.- respondió con una dulce sonrisa, cómo siempre hacía.

-Es un placer.- Blas saludó a ambas con un abrazo. Se creó un ambiente acogedor.

La tarde pasó rápido. Ya era tarde y fuimos a nuestras respectivas habitaciones. Y caímos en un sueño profundo nada más tocar el colchón. Todos, menos Ava.

Escuché cómo alguien aporreaba la puerta en plena madrugada. Louis se levantó de la cama cabreado y abrió la puerta tan fuerte que provocó una ola de aire que

movió las cortinas. Tras la puerta estaba ella. Tirada en el suelo. Llorando y temblando.

-¡Ava!- exclamó él. Yo me levanté preocupado tan rápido como mi condición me permitía.

-Le escucho... Le estoy escuchando... Ayúdame, ¡dile que se vaya!- sollozaba. Estaba desesperada, cansada, asustada. Parecía tan pequeña... Entonces lo comprendí.

-Shh... Ey, no estás sola, ¿vale?- susurré mientras me acercaba a la puerta.

-Él me habla... ¡Déjame! ¡Por favor, vete ya!- exclamaba mientras enredaba sus dedos en su pelo negro y tiraba de él. Tenía los ojos hinchados y la nariz roja. Estaba asustada.

-Tranquila, estoy aquí. Estamos aquí.- Louis trataba de calmarla acogiéndola entre sus brazos. Pero ella separó su mejilla de su pecho, petrificada, y le miró fijamente a los ojos.

Louis intentó retirarle un mechón de pelo.- ¡Suéltame!

La situación me asustaba. No sabíamos qué hacer. Giré la cabeza y vi a Blas sentado en el borde de la litera. Alarmado. Viendo la escena.

-Iré a pedir ayuda.- dijo Blas, frío, mientras bajaba de un salto y salía por la puerta. Louis y yo estuvimos tratando de ayudarla. Pero nada funcionó. Entonces llegó Feli. Venía corriendo. Y detrás de ella, Mia.

-Vamos, Ava, cálmate.- Feli la cogió de los brazos mientras ella sufría un auténtico ataque de pánico. Estaba inmóvil pero todos y cada uno de sus músculos temblaban.

-Tengo que llevármela. Sé que es duro, pero os tengo que pedir que descanséis. Estará bien.- Feli se la llevaba por el pasillo.

-Yo te acompaño.- anunció Louis. Feli hacía amago de replicarle.- Te acompaño. Y ahí nos quedamos Blas, Mia y yo.

-¿Y tú qué haces aquí? ¿No estabas durmiendo?- le preguntó Blas a Mia. Ella miró en todas direcciones, nerviosa. Parecía que no le salían las palabras.

-Yo... Solo escuché los gritos y vine corriendo.- a Mia se le daba fatal mentir.

-¿Desde la otra punta del edificio?- Blas alzó las cejas.- Yo fui a pedir ayuda a recepción y un minuto después aparecía Feli en el vestíbulo y tú corriendo tras ella.

-Supongo que fue una coincidencia.- Mia no solía hablar así de tensa. Si lo que decía era verdad, no tenía por qué actuar así. Tanto Blas como yo, sabíamos que no lo era.

La mañana siguiente empezó con pequeños rayos de sol traspasando las cortinas yendo directos hacia mis ojos. Eso me ofreció un cálido despertar hasta que me di cuenta de que ese iba a ser mi último día ahí. Mañana por la mañana vendrían a recogerme.

Después, bajé a desayunar. Ahí estaban todos. Y cuando digo todos, incluyo a Ava y a Louis. Se habían pasado la noche en la planta de salud mental.

-¿Cómo estás?- le pregunté a Ava. Ella agachó la cabeza avergonzada.- Oye, no tienes de qué avergonzarte. Todos entendemos lo que pasó y nadie está molesto.

-Gracias. Pero sigue siendo complicado para mí enfrentarme a ello.

-¿Qué vamos a hacer hoy? Mañana te vas...- intervino Mia.

-Os quiero enseñar algo, es una sorpresa.- comenté.

-¿Otra? ¿Y a qué estamos esperando?- Abril se levantó con una sonrisa.

Salimos del comedor y ellos me siguieron hasta una zona del edificio que no frecuentábamos: El pasillo de entretenimiento. La única que solía ir por ahí era Abril, para leer en la biblioteca. Cuando llegamos a la última sala, Mia leyó en voz alta:

-Sala de música.-ladeó su cabeza y luego me miró.- ¿Eres músico?

Abrí la puerta y me dirigí hacia los instrumentos de cuerda percutida.

-Lo era.- me acerqué al piano. Blas apartó el taburete que había y yo tiré de la lona que lo cubría.- Me enseñó mi padre. No he vuelto a tocar desde el accidente. Pero hoy es una ocasión especial, ¿no?- ellos me sonrieron.

Desgraciadamente, se me vino aquella imagen a la cabeza. La fiesta, el alcohol, mis amigos y yo subiendo al coche, la borrachera, el descuido, ese descuido que le costó la vida a tres de las cinco personas que iban en el coche. A mí, la movilidad. A mi amiga, la sumergió en un profundo coma.

-Estoy deseando escucharte.- dijo Mia mientras apoyaba los codos en el piano y se sujetaba la cabeza con las manos, interrumpiendo aquel recuerdo.

Como si nunca se olvidase, igual que montar en bici, empecé a tocar las teclas suavemente, creando una armonía perfecta de una de mis canciones favoritas.

-¡*Here Comes The Sun!*!- exclamó Mia cuándo empezaba a tocar las primeras notas. Era tan reconocible. Yo le sonreí agradecido de que conociese este temazo. *Los Beatles* eran mi grupo favorito.

De pronto escuché como una dulce y armoniosa voz acompañaba mi melodía. Ahí estaba Abril, encima de una tarima de madera, con su camisón largo, acompañando mi melodía y encajando perfectamente en ella. Mi estómago se volvió loco.

Al acabar, todos nos aplaudieron.

-¡Ha sido maravilloso! No sabía que teníais tanto talento. Me he quedado sin palabras.- Mia se acercó a mi lado y me rodeó con sus brazos.- ¡Ha sido increíble!

-Lo ha sido. ¿Puedes tocar la de *Let It Be*?- Blas estaba atónito.

Mientras tocaba el tema sugerido por mi amigo, vi cómo sus ojos se cristalizaron. Mia se dio cuenta y le abrazó. Supongo que sus cuerpos se dejaron llevar por la canción. Porque sin darnos cuenta, ambos estaban fundidos en un abrazo, balanceándose al son de la música.

Cuando terminó, Blas levantó la mirada. Tenía los ojos llorosos. Mia le sonrió, se puso de puntillas y le besó en la frente. Estaba claro que así demostraban su amor. Siempre con besos en la frente. En ningún otro lugar. Blas y Mia eran los dueños de ese beso.

-Gracias, tío. Ha sido genial. Esta canción me trae muchos recuerdos.- agradeció Blas.

-Es el efecto que hace la música.- dijo Abril, a lo lejos.

-¡Sois magia!- exclamó Mia.

-¿Alguna petición especial para los otros tortolitos?- pregunté entre risas, girándome hacia Louis y Ava, que estaban sentados en el suelo apoyados el uno en el otro.

-*Every Breath You Take*.- respondió Louis. Mientras se levantaba tirando de Ava.

Momentos después, estaban todos bailando mientras yo tocaba el piano y Abril me acompañaba. Era el ambiente perfecto para despedir mis días en aquel lugar. La música creaba la unión. La música era mágica y cada día lo tenía más claro.

Pasamos la mañana en esa sala con luces tenues y buena música. El ambiente perfecto.

A la hora de comer, cogimos nuestra comida y nos sentamos en la hierba al lado del lago.

-Yo también tengo algo que decir.- anunció Abril.- Estoy empezando a comer.

-Abril, eres una gran chica. Y todos estamos orgullosos de ti.- dijo Ava. -Yo me había dado cuenta. Cuando volvimos de nuestra escapada al acantilado, busqué entre mis cajas. Encontré algo que, si no recuerdo mal, te hacía mucha ilusión tener.- de su falda, sacó un pequeño libro.

-El libro de tu madre...- comprendí que era el libro favorito de Abril, *Orgullo y Prejuicio*.- Muchas gracias.- abrazó a Ava con tanta fuerza, que esta se cayó de espaldas. Rieron.

Respiré aire fresco, acaricié la hierba entre mis dedos, y entonces dije:

-Gracias por todo chicos. Creo que no podría haber sido mejor este último día.

-Oh sí, puede mejorar. Subamos a la terraza de arriba del edificio a ver el atardecer.- propuso Mia. Ella siempre intentaba mejorarlo todo, exprimir la máxima felicidad. Y allí estábamos, escuchando el sonido de las olas del mar, mientras veíamos el cielo teñido de colores cálidos. Rosas, rojos, amarillos, azules y naranjas. Era curioso ver cómo los humanos nos emocionábamos por algo tan simple como un cielo pintado como si fuese un lienzo, una explosión de colores.

-¿Qué hacéis aquí?- apareció Feli asustada.- Os está buscando medio internado.

-¿No lo ves?- respondió Mia, tumbada encima de Blas, sin apartar la mirada del cielo.

-¿El qué?- Feli estaba confundida. Y yo también.

-El cielo. Estamos mirando este espectáculo. Siéntate con nosotros.- sonrió.

-Pero... Os están buscando.- replicó la celadora.

-Espera.- Ava se levantó. Se acercó al borde de la terraza poco a poco. Mi corazón dio un vuelco cuando la pelinegra se subió al muro que rodeaba los bordes de la terraza.- ¡Estamos aquí! ¡Estamos bien! ¡Estamos viendo el atardecer! ¡Mirad qué bonito!

Estuvimos en tensión hasta que bajó de un salto y volvió caminando hacia nosotros. Algunos boquiabiertos, y otros riendo.

-Cariño, ¿crees que te habrán escuchado?- vaciló Louis entre risas. Todos estallamos a reir.

-Estáis locos.- Todos nos miramos y comprendimos la gracia que tenía el comentario.

-Realmente, algunos sí lo estamos.- le costó decir a Blas, ya que no paraba de reir.

-Sólo somos jóvenes que se han dado cuenta del valor que tiene la vida al estar tan cerca de perderla.- respondió Mia.

Feli se tensó ante el comentario de Mia. Me giré a verla. Parecía que la joven le suplicaba con la mirada que no respondiese. Cómo si nos ocultase algo.

Esta vez no me despertaron los rayos del sol, sino el sonido de los golpes en la puerta. Eran Feli y la directora del centro. Vi cómo Blas había abierto la puerta y los tres me miraban desde ahí. Louis, todavía con la voz dormida, habló:

-Es el día tío... Por fin nos libramos de acostarte todas las noches en esa cama.- rió.

Me invadió una sensación de tristeza y nostalgia. Cogí las maletas, y ahí estaban todos esperándome, incluidos mis padres. Me despedí de todos entre lágrimas y abrazos.

-Vendré a veros a todos.- me giré hacia Mia.- Y tú, sólo sigue haciendo a la gente tan feliz cómo ya haces. Eres la luz que nos guía a todos, pequeña. Nos vemos dentro de poco.- y la abracé tan fuerte que pude sentir los latidos de su corazón junto a los míos.

Había encontrado mi lugar en tan poco tiempo... y ahora me tenía que alejar de él.

*La vida es un destello. Rápido. Por eso vivir no es fácil. Porque no es fácil no preocuparse pensando que tienes que vivir cada segundo como si fuese el último. Pero los destellos también son bonitos. Por eso merece la pena vivir.*

#### **CAPÍTULO 4: LOUIS.**

Apenas hacía tres días desde que Dan se había ido. Y todos estábamos algo apagados. Es cierto, deberíamos estar muy contentos por él, pero nos complementábamos entre nosotros, le necesitábamos, sin él éramos como un puzle sin completar.

El otoño había empezado oficialmente y los árboles se iban quedando sin hojas. La última tarde de vacaciones, y ahí estábamos. Tumbados en el césped del jardín bajo las nubes.

Abril jugueteaba con una flor seca y las hojas del libro. Fijé mi mirada en las frases que había marcadas, tratando de leerlas. Pero algo se interpuso, una gota de agua provocó una mancha en la página. La primera lluvia después del verano. Iba a ser torrencial.

-Juguemos al pilla-pilla.- sugirió Mia mientras tiraba de Abril. A su vez ella cerraba el libro.

-Pero va a llover

-¿Y qué? Más divertido. Louis paga.- Mia salió corriendo. Los demás rieron y la imitaron.

Cerré los ojos y dejé que la lluvia mojase mi pelo. Empecé a buscar a mis amigos y encontré a Ava detrás de un árbol. Corrí hacia ella y la atrapé entre mis brazos.

-Te quiero.- le susurré. Ella me miró sorprendida, levantando las cejas.

-No entiendo por qué.- añadió levantando los hombros sarcásticamente.

-Siempre existirán infinitos motivos para quererte, así como el universo tiene infinidad de estrellas y no hay un fin de ellas.

-Todo un poeta.- rió y me besó. Ahí me di cuenta de que me volvía loco por ella. De repente, escuchamos unas risas y una conversación que se acercaba.

-Era el juego del pillar-pillar, no una excusa para tontear.- gritó Abril.

Yo fui poco a poco hacia donde estaban, cuando llegué a su altura, posé mi mano en el hombro de la chica y le dije:

-Ahora pillas tú.- y salí corriendo de la mano de Ava. Todos corrimos hasta llegar al vestíbulo, empapados. Acordamos cenar juntos después de darnos una ducha caliente y cambiarnos.

Pasaron las semanas de clase. La cosa se ponía seria. Empezaban los exámenes y había mucho que hacer. El invierno se acercaba y, con él, el frío. Y, aunque parecía suficiente el hecho de tener que olvidarnos de los buenos momentos junto al lago para estudiar, al universo no le pareció suficiente.

Y ahí estábamos. Sentados en la sala de espera. Cada uno con su libro. Por lo menos nos entreteníamos mientras esperábamos. De pronto, la puerta de la consulta se abrió. Y ahí estaba ella, la alegría de la huerta vestida con una bata blanca, y enganchada a un gotero con ruedas. Se quedó mirándonos. Pero esta vez, esta maldita vez, estaba distinta. Parecía una flor colorida, a punto de empezar a marchitarse.

-Hola, amor.- Blas le acarició el hombro a Mia, y todos nos acercamos a ella.- ¿Qué te han dicho?

Los ojos de Mia se cristalizaron y apretó los labios para contener los sollozos. Se sentó.

-No funciona. No hemos conseguido resultados. No hace efecto. Algo no va bien conmigo.

Escuché cómo el corazón de Blas se rompía en pedazos. Abril se llevó la mano a la boca y la pasó por su pelo. Esas palabras dejaron un vacío hueco en mi corazón.

-Me van a subir la intensidad de las sesiones de quimioterapia. Es lo único que pueden hacer. Está muy avanzado y... y dicen que... ya... no hay nada que hacer.



En ese momento, todo nuestro mundo se vino abajo. ¿No lo iba a conseguir? Claro que sí, lo haría. Mia era fuerte y la necesitábamos. No nos dejaría. O eso quería pensar.

-Lo haremos juntas, ¿vale?- al pronunciar la última palabra, a la pelirroja se le quebró la voz. La abrazó tan fuerte como pudo. Yo le di unas palmaditas en la espalda a Blas.

5:30 a.m.

El sol estaba por salir y yo esperaba sentado en el suelo frente a la ventana. La pesadilla no cesaba. Un episodio depresivo. La otra faceta de mi enfermedad. Pero esta vez era distinto. No podía flaquear tanto. Había gente a mi alrededor que me necesitaba. No podría dejar a Ava sola y sumergirme entre las sábanas de mi cama todos los días. Blas estaba empezando a empeorar por la noticia de Mia y ella... ella se merecía todo.

Volví a meterme en la cama tratando de conciliar el sueño. Las lágrimas no paraban de caer por mis mejillas hasta que me quedé dormido.

-Tío, despierta, Louis...- abrí el ojo y vi a Blas asomándose bajo el somier de la cama de arriba.

-¿Qué pasa? Déjame un rato, ahora voy, me necesitáis.

-Louis llevas durmiendo casi dos días seguidos.

-Me estás vacilando.- asomé la cabeza y dejé mi mirada perdida en el parque.

Todo me resultaba tan extraño, salí de mi cama desorientado.

Cuando bajé a la cafetería, todos se alegraron al verme. Estuvimos hablando pero yo sentía que ese día pertenecía al universo bajo las sábanas de mi cama. Sólo quería refugiarme ahí y no ver la luz del día. Ni hablar con nadie. Pero Mia me necesitaba.

Pasé la mañana con Ava en el césped. Acariciándole su pelo azabache tan bonito.

-¿Cómo está Mia?- pregunté. Ava había hablado con Abril, quién había cuidado a Mia.

-Joder, Louis... El pelo... Se le va a caer por la quimioterapia.- torcí el gesto. Ver a Mia en ese estado iba a resultar muy duro. Empecé a llorar. Ava me abrazó la cabeza.

-¿Te has tomado las pastillas?- Me dio un beso en el pelo.- Deberías quedarte en la cama hoy. No estás bien.- le miré para replicar.- Ey, me las puedo apañar, ¿vale?

Me acompañó a la habitación. No estaba a favor de quedarme en la cama hasta mejorar. Estábamos pasando por un momento muy difícil y no podía desaparecer así. Pero al fin y al cabo, no aportaba nada positivo. Era muy negativo y me pasaba los días llorando por los rincones. Era una mierda. Pero era lo mejor que podía hacer.

Pasé días sin salir de la habitación. Blas me mantenía informado de cómo avanzaba Mia. Pero seguía siendo complicado. Solo le veía cuándo venía a dormir, y estaba tan cansado... Tanto física como emocionalmente. Le costaba contarme cómo la chica de la que estaba enamorado, se marchitaba, perdía su sonrisa, dejaba de ser ella.

Pasaron los días, no sé cuántos, porque perdí la noción del tiempo. Pero un día, que recordaré para siempre, escuché unas voces acercándose a la puerta de mi habitación a mitad de mañana. Tocaron a la puerta. Me levanté y la abrí.

Mis ojos no podían asimilar lo que veían. Me los froté con las manos. Incluso pestañeé fuerte. Pero no pude. Mis lágrimas empezaron a caer cuando vi a Mia. Se había rapado el pelo. Su ondulado, rubio y largo pelo. Me abrazó. La sentí tan pequeña bajo mis brazos... Sentí pena. Pena y dolor. Impotencia. Mia, era Mia. Nuestra Mia.

-Pequeña...- mi voz salió después de estar sin hablar días.- Lo siento mucho...

-Ah no, no lo sientas. Porque aquí todos lamentamos algo, ¿no?- fueron las palabras que le había dicho yo el día en que la conocí. Sonrió. Le di un beso en la nariz.

*Cuando no te aceptas a ti mismo, vives en una pesadilla constante. Porque no hay nada peor que no amar el transporte en el que viaja tu alma. Un transporte tan valioso... Nuestro cuerpo, nosotros, seremos la única persona que esté ahí desde el principio hasta el final.*

## **CAPÍTULO 5: ABRIL**

Trasquilón tras trasquilón. El pelo de Mia iba cayendo al suelo. Yo le hacía un corte para poner en práctica mis dotes de peluquera. Horas antes, a Mia le habían dicho que iba a perder su preciosa melena a causa de la quimioterapia. Vino a mí. Me pidió que lo hiciese yo, que ella no podía. Y ahí estábamos. Mia se reía con mis bromas mientras le caían lagrimones por sus mejillas. Era doloroso verla así. Siempre tan risueña...

Cogí la maquinilla. La enchufé. Cuando Mia escuchó su sonido, borró esa sonrisa de su cara. La sonrisa que siempre había tenido. Qué duro era... Era horrible.

-Cuando tú me digas. Sabes que yo estoy aquí. Si quieres que pare, lo haré.

-Me da pena destrozar el corte tan bonito que me has hecho.- sonrió de nuevo. Mia era así. Sabía ocultar su dolor en segundos. Siempre riendo y bromeando.

Admirable.

-Te lo volveré a hacer en el futuro, tontita.- reí.- Esto mejorará. Solo es temporal.

Mia se tocó el pelo mirándolo a través del espejo. Volvieron a brotar lágrimas.

-Hazlo.- dijo soltando el mechón que tenía entre sus manos bruscamente.- Ya.

Y lo hice. Pasé la maquinilla de izquierda a derecha. Ella lloraba en silencio. Le tendí la mano y ella la apretó con fuerza. Cuando estaba acabando, cerró los ojos.

Respiró.

-Ya... ya está.- no pude contener mi llanto cuando dejé la maquinilla en el lavabo.

Mia abrió los ojos. Yo me llevé la mano a la boca para contener los sollozos que me salían de un corazón roto al ver a mi mejor amiga pasar por una situación así.

-Ey... me gusta. No está mal.- la miré incrédula. Era la persona más positiva y fuerte de todas. ¿Cómo lo hacía?- ¿Qué opinas? Vamos... Es solo pelo...

-Siempre serás preciosa, Mia.- afirmé después de respirar hondo.

-Te quiero mucho, amiga.- no pude contenerme. Nos abrazamos y yo volví a llorar.

Blas y Ava nos esperaban en la habitación de Mia. Fuera del baño. Cuando salimos,

Blas se levantó y se quedó mirándola unos segundos. Mia le sonrió dulcemente, como siempre. A él se le cristalizaron los ojos. Y entonces ocurrió por primera vez.

La besó.

No fue un beso de deseo. Fue un beso de amor. De cariño. De apoyo. Suyo.

-Te quiero, dormilona. Sigues siendo preciosa. Siempre lo serás ante mis ojos.

Mia le abrazó acariciándole la cabeza y posando ahí mismo un beso.

Días después, ya habíamos tragado y asimilado la realidad. Cuando Louis la vio, la cuidó como a su hermana pequeña. Creo que él la sentía así. Su pequeña.

Los exámenes acabaron importándonos nada. Hicimos lo que pudimos. Ahora

faltaba una semana justa para Navidad, pero estaba feliz. Todo parecía ir

mejorando. Los médicos decían que Mia estaba reaccionando bien ante la nueva

quimioterapia. Y Louis se estaba curando de su período depresivo. La magia de la

Navidad.

Bajábamos las escaleras para llegar al jardín:

-Podríamos ir al lago.- sugerí mientras sacaba mi cajetilla de cigarrillos a escondidas. Hacía mucho que no lo hacía. Fumar. Y me gustaba la idea de pensar que esas cosas tan minúsculas me acortaban el período de sufrimiento. Por eso lo hacía.

-Voy a por mi guitarra, ahora bajo.- Blas se fue corriendo hacia el interior del edificio.

-Lo tienes loco, Mia.- Louis le pegó un codazo en el hombro.- Está enamorado de ti.

-Espera... ¿qué?- Mia frenó en seco. Parecía que ese comentario la asustaba.

-Como lo oyes. Y eso que Blas es muy poco emocional a veces.- comentó Ava.

Llegamos al lago y nos sentamos en el césped. Yo me tumbé y respiré hondo.

-Te quiere, Mia. Tienes su corazón.- dije mientras miraba el cielo.- No es nada malo.

-Pero yo... él no puede... no puedo hacerle eso... yo me...

En ese momento, Blas llegó y se sentó al lado de Mia. Sonrió. Parecía entusiasmado.

-Esto va para ti, dormilona.- en ese mismo instante, Blas empezó a tocar una melodía nueva. Cuando escuchamos la letra, supimos de qué se trataba. Louis se llevó las manos al pelo cómo si hubiese presenciado un perfecto canastazo de *Los Lakers*.

Yo reí entusiasmada. "No puede ser" susurró en voz alta Ava. Le había compuesto una canción. Blas había dedicado tiempo a plasmar sus sentimientos a través de lo que más le gustaba a Mia en el mundo: la música. Estaba entregándole su corazón. Le había compuesto una canción, que llevaría su nombre para siempre.

Mia se echó a llorar. Pero el cariño en su mirada se mantenía a través de unos ojos lagrimosos. Blas la miraba como si mirase el mayor tesoro jamás visto. Se querían. Pero hubo un momento, unos mínimos segundos, en los que la mirada de Mia cambió. Sólo yo me di cuenta. Sus ojos eran un claro espejo del miedo y el dolor que sentía.

-*Te amo Mia*.- susurró Blas como final de la canción. Ella hundió su cabeza en su pecho. Como si tratase de llegar a su corazón. Cuántos sentimientos acumulados.

-Ha sido precioso.- respondió ella finalmente. No le salían las palabras.

Después de esa emotiva tarde junto al lago, cada uno se fue a su habitación a descansar. Pero yo me fui con Mia. Quería estar con ella. Tenía un mal presentimiento.

-A partir de hoy me quedaré a dormir aquí hasta que pasen las Navidades.- afirmé.

-Tú teniendo una suite de lujo y quedándote en la habitación normal de tu amiga.- rió.

-*Mejor* amiga.- enfatiqué la primera palabra.- Lo eres porque haces magia conmigo. Desde que te conocí, estoy mejor, empiezo a comer, soy más fuerte. Me has cambiado la vida, Mia.- ella se abalanzó sobre mi abrazándome y yo reí.- Vale, vale, ya está.

-La he *miotizado*. A mi manera. Y ahora prometo quedarme para siempre en ella. Se me encogió el corazón. “Para siempre”. Eso era una promesa difícil de cumplir.

-Buenos días, dormilona.- le dijo Blas a Mia despertándola.- Levanta, rápido.

-Hoy hay excursión para vuestro curso.- la voz de Feli se proyectó desde la puerta.

-No lo sabía... ¿Puedo ir?- Mia preguntaba refiriéndose a su estado. Feli sonrió.

-Claro, cielo. Estás mejorando mucho. Te mereces un descanso. Vamos, levanta.

Feli le tenía muchísimo cariño a Mia. Habían creado un vínculo muy fuerte al que no había prestado atención hasta ahora. Feli cuidaba de ella como si fuese su hija.

Bajamos a desayunar. Tuve sentimientos encontrados. La comida y yo. Hacía mucho tiempo que no la veía como parte de mi día a día. Estaba empezando a subir de peso y yo me veía con un peso más alto del que deseaba. Intenté no desayunar mucho ese día. Para bajar lo que había subido la semana anterior. Mi cabeza se llenó de cálculos. Me había aprendido de memoria las calorías de lo que había comido. Me interrumpió la voz de Ava, que me miraba desconcertada mientras me ofrecía más zumo.

-No, gracias. Suficiente por hoy.- respondí cortante.

-¿A dónde vamos a ir?- preguntó Mia, que todavía estaba haciéndose a la idea.

-Iremos al cine y luego a ver las estrellas. Esta noche hay luna llena.- respondió Ava.

En el autobús, Mia y yo compartíamos unos auriculares y escuchábamos *The Cure*. Ava estaba al otro lado, sentada junto a alguien cuyo nombre no sabíamos. Y Louis y Blas estaban detrás de ella. Jugaban a un juego con pelotas de papel y sus manos.

Cuando llegamos a la ciudad y bajamos del bus, me sentí libre. Libertad. Sin ataduras.

Caminamos por las avenidas parando en tiendas de souvenirs y compramos postales para mandarlas a casa. Cuando llegamos al cine, cada uno eligió su película. Era un cine pequeño, así que esa tarde estaba reservado para nosotros.

Nos pusimos de acuerdo en ver *Cuando Harry encontró a Sally*. Era la película favorita de Mia.

Emocionados por el final, salimos del cine y el autobús nos llevó a un prado lejos de la ciudad. Era enorme. Se respiraba tranquilidad, eso nos gustó. Nos tumbamos sobre una gran lona que extendieron los celadores que nos acompañaban. El cielo estaba repleto de estrellas. Ava se removió en el suelo. Con la voz temblorosa, dijo: -Ahí está mi madre. Es esa estrella que brilla tanto.- apuntó a un punto en concreto. -Yo no veo ninguna estrella brillante ahí. Yo la veo ahí.- Louis apuntó con el dedo. -Quizá sea porque las estrellas son personas que queremos. Que están ahí arriba. Y por eso algunas brillan para unos y para otros no. Porque solo nosotros podemos ver a nuestra estrella.- las palabras de Mia se me clavaron en el pecho. Qué profundo...

-Mirad los cráteres de la luna.- Blas apuntaba a la perfecta bola brillante del cielo. Así estuvimos una o dos horas hasta que tocó volver al hospital, ya de noche. Habíamos hablado de nuestros seres queridos. Y más de uno se había puesto sensible. Es parte de vivir así. Es parte de vivir.

Al llegar, fuimos al vestíbulo. Feli se acercó para hablar con nosotros.

-Podéis quedaros un rato en el lago. Yo estaré cerca por si pasa algo. Yo os cubro. Me derritió el corazón. Esa mujer nos comprendía muy bien. Me hacía feliz.

-Muchas gracias.- agradecí. Le ofrecí una sonrisa. Ella me acarició el hombro y se fue.

-He llegado a la conclusión de que sois mi medicina. Me ayudáis a ganar la batalla. A ganarle. Y os lo agradezco.- Ava sonrió. Tenía la cabeza apoyada en las rodillas.

-Eso es muy bonito.- Louis le besó en la mejilla.- Me alegro de poder ayudarte.

-También me habéis ayudado a mí .- me atreví a hablar.- Ya como. Poco a poco.

-Me hacéis muy feliz, chicos. Muy feliz. Estoy segura de que saldremos de aquí pronto. Y juntos.- afirmó Mia. Blas le dio un beso en la frente, que todos sentimos. Habíamos creado vínculos muy fuertes. Nos habíamos conocido en la oscuridad y habíamos avanzado juntos para salir de esta pesadilla. Y lo estábamos consiguiendo. Todos. Estuvimos disfrutando de una de las mejores noches de nuestra vida. Era tranquila. La habíamos vivido cómo si fuésemos personas corrientes. Sin ninguna preocupación.

Cuando estaba cerca la medianoche, subimos a nuestras habitaciones. Hacía frío. Las noches heladas cada vez eran más largas. Quedaban cuatro días para Navidad. -Buenas noches, Mia. *Te quiero*.- sentí esas últimas palabras desde lo más profundo de mi corazón. Ella me respondió con un "yo también". El más sincero jamás dicho. La mañana siguiente me desperté con un rayo de luz que penetraba entre las cortinas. A Mia le daba en toda la cara. Normal, si ella nunca cerraba las cortinas. Me levanté a cerrarlas. Me acerqué a Mia y la intenté despertar. No funcionó a la primera. Lo intenté más fuerte. Mi corazón dio un vuelco. No funcionaba. Mia no despertaba. La luz, roja.



*Esos instantes en los que se te encoge el pecho tanto que duele. Esas palabras que se sienten como una puñalada en todo el corazón. Que lo rompen en pedazos. Que sabes que ya no volverá a ser el mismo. Sin grietas. Siempre será un corazón roto.*

## **CAPÍTULO FINAL: BLAS.**

Me desperté por unos horribles golpes de alguien que aporreaba la puerta a punto de tumbarla. Mi estómago se revolvió al escuchar un llanto al otro lado. Salté de la litera. Ava. Esa escena me recordó a la de unos meses antes. Pero esta vez era diferente. Estaba en el suelo, rota en llanto. Louis apareció detrás de mí. Asustado. La ayudó a levantarse. Mi mundo se derrumbó en el preciso instante en el que escuché la palabra que no paraba de repetir Ava entre llantos, con la mano en el pecho, dolida. “Mia”.

Salí corriendo por encima de Ava. Sentí como si no tuviese fuerzas para nada más en ese momento. Necesitaba verla. ¿Qué cojones había pasado, joder? Mia estaba bien. Estaba bien anoche. Sólo habían pasado siete horas.

Ese instante lo sentí a cámara lenta. Como si el mundo hubiera dejado de girar. Corrí con todas mis fuerzas. Bajé las escaleras saltando todos los escalones. Mi corazón iba a mil por hora. Me di cuenta de que las lágrimas caían por mis mejillas. Sentía dolor. Muchísimo dolor. Empecé a gritar su nombre, desesperado. No podía parar.

Giré la esquina que llevaba a su pasillo. Entonces la vi. La llevaban hacia la salida del pasillo a toda prisa, en una camilla. Venían hacia mí. Corrí con todas mis fuerzas. La alcancé y el dolor que sentía se multiplicó. Estaba inconsciente. Sus bellos ojos descansaban cerrados. Su boca estaba abierta. Traté de tocarla, de abrazarla.

-¡Mia! ¡Joder, paren! ¡Ella está bien! ¡Está bien!- alguien me cogió del brazo. Feli tiró de mí y me atrapó entre sus brazos. Su mirada estaba llena de dolor. También lloraba. Me abrazó. Yo me sacudía. Quería salir. Quería ir con ella. Joder, era el

amor de mi vida. La quería. La amaba. Mi pulso iba a explotar. Mi mundo se había caído.

Me giré unos segundos y vi a Abril tirada en el suelo. Me miraba desconsolada. Sus ojos estaban rojos. Brutalmente rojos. Se llevó la mano a la boca cuando vio el estado en el que me encontraba. Estaba hecho un lío. Estaba desesperado. Con sólo mirar a la pelirroja, compartí su dolor. Me tiré sobre ella y la abracé. Me sentía desprotegido, roto, frustrado. Ella me transmitió los mismos sentimientos. Las tres personas que nos encontrábamos en ese pasillo llorábamos desconsoladamente. Juntos. Por ella.

Quise despertar. Eso no podía ser real. Estaba roto. Lo veía todo borroso, mientras escuchaba el *bip, bip* de la pulsera de Mia alejarse hacia el fondo del pasillo.

-Qué maldita angustia... Nadie nos dice nada... ¿Cómo está?- grité desesperado. Llevábamos unas horas sufriendo por todo el edificio. Primero, nos reunimos con Ava y Louis en el vestíbulo. Ni siquiera Feli sabía lo que pasaba. Después, fuimos a urgencias y preguntamos como locos por ella. Lo único que nos dijo una enfermera que pasaba era que estaba en cuidados intensivos. Nos pidió que nos sentásemos en la sala de espera. A esperar. ¿Cómo pretendían que nos sentáramos a esperar de brazos cruzados? No podía hacerlo. Louis trataba de calmarme pero yo no podía parar de moverme de un lado al otro, llorando y diciendo todo lo que se me pasaba por la cabeza. Abril lloraba desconsolada.

-Yo... Me desperté y la vi. La intenté despertar. Lo juro, lo intenté. Pero no lo conseguía. No se despertaba.- su voz estaba a punto de quebrarse. Le temblaban las palabras. Le dolía recordarlo.- Mierda... Anoche estaba bien... Por favor dime que es solo un susto...- dirigió su mirada hacia Feli, con los ojos llorosos y con plegarias desconsoladas reflejadas en su mirada. Ella torció el gesto y se rompió al no saber qué responder. Ella no sabía nada, ya nos lo había dicho.

-Lo siento... y-yo... No lo sé cielo.- tartamudeaba Feli para contener su llanto. De pronto, las puertas de la entrada se abrieron. Ellas aparecieron. La madre de Mia corría desesperadamente hacia nosotros. Era su hija. No podía imaginarme el dolor que debía sentir. Su abuela, lloraba y lloraba. Se dejó caer en uno de los sofás.

-¿Dónde está? ¿Qué pasa? Por favor... - la madre de Mia hiperventilaba. Apenas le salían las palabras. Tampoco las lágrimas. Mia decía que no solía llorar.

-Ha entrado hace unos minutos en cuidados intensivos, pero nadie nos dice nada. Yo... lo siento. Los médicos dijeron que estaba avanzando...- Feli no pudo seguir.

-Entonces hay posibilidades de que sólo sea un susto. ¿No?- la señora Sorní tenía todo tipo de esperanzas cruzando por su mente, estaba seguro. Pero...

-Supongo que sí. Mia es fuerte, lo conseguirá, lo conseguirá...

En ese momento, se me encendió una luz de esperanza y sonreí. Sí, sonreí.

-¡Claro! Ella es fuerte. Es Mia. Seguro que se salva. Es una luchadora.- confíe.

Todos giraron su mirada hacia mí. Unas miradas llenas de pena. ¿Por qué?

-¿Por qué me miráis así? Vamos, ¿no la conocéis? ¡Es Mia! Es Mia...- volví a llorar.

Abril se levantó y me abrazó muy fuerte. Supuse que le había dado esperanzas

cuando me susurró en el oído: "Lo conseguirá". Mis sentimientos estaban tan

mezclados que ya no sabía si lloraba por felicidad, por dolor, por tristeza... No sabía nada.

Y de pronto, el médico salió. Su mirada era firme, segura. Sonreí. Esperanza.

### **EPÍLOGO.**

El cielo era oscuro. Era de noche. Pero estaba bastante claro. Se veían las estrellas.

Tenía la mirada fija en el césped. En mi cabeza, repetí la escena. Las palabras que

dijo el médico cuando salió. "No lo ha conseguido, lo siento muchísimo."

Sentía dolor. Mucho. Pero ya no me quedaban lágrimas. Miraba su ataúd. Pero ya no la veía. Solté una lágrima. Una sola lágrima. Tenía el corazón en un puño.

Prometí que jamás la olvidaría. Una persona muere cuando deja de ser recordada.

Yo jamás la olvidaría. Y ellos tampoco. Mia era luz. Mia era alegría. Mia era

soñadora, era nefelibata. Y de pronto, ya no estaba. Se había ido. *Para siempre.*

-Cambiaste mi vida. La cambiaste a tu manera. Maldita sea. ¡Prometiste quedarte

en ella! ¡Para siempre! ¡Y ahora ni siquiera estás aquí!- Abril se desplomó en el

suelo completamente rota. Ella la intentó salvar. No pudo. Y se culpaba por ello.- Lo

siento.

Me acerqué. Le dejé unas flores. También dejé unas hojas. En ellas, la primera vez

que plasmé mis sentimientos. La canción. Su canción. Me agaché y me puse de

rodillas.

-Me dijiste que no te irías sin cumplir nuestros planes de futuro. Que serías la madre

de mis hijos. Mia... Amor... Te has ido demasiado pronto. Decías que todos

saldríamos de aquí. Que viviríamos nuestras vidas juntos. ¿Ahora qué? Ahora

qué...- en ese momento, lo asumí. La había perdido. No volvería. Y ahí, justo ahí

fue cuando me rompí por completo. Pude llegar a escuchar el *crack* que hizo mi

corazón. Decenas de lágrimas se deslizaban por mis mejillas, todas llevaban su

nombre. Comprendí que nunca podría ignorar esta etapa de mi vida. Su etapa. La de Mia. Y que me costaría seguir sin mirar atrás. Porque ella había sido un destello. Rápido. Pero feliz. Bonito. Alegre.

-Adiós, pequeña.- Dan se acercó a mí rodando su silla. Se puso a mi lado y posó unas flores sobre su tumba. Las margaritas. Le encantaban. Le abracé con todas mis fuerzas. Había venido. Todos estaban ahí. Incluso Feli.

Después del funeral, nos quedamos en la tumba, tumbados a su alrededor sobre el césped. Estaba mojado, había llovido. Pero a ninguno nos importó.

Abril seguía sollozando, pero ya no lloraba. Todos nuestros llantos se habían consumido para el resto de nuestras vidas. No nos quedaban fuerzas.

-Nunca la olvidaremos.- dijo ella.

Miré el cielo. La noche era preciosa. La luna era un cuarto menguante.

Me fijé en las estrellas. Se veían cientos de ellas. Todas preciosas. Pero hubo una...

-Mirad.- la señalé. Y comprendí que esa estrella brillaba para todos nosotros. Que todos la veíamos con claridad. Y sabía muy bien por qué.- Es ella, es Mia.- Sonreí.